

LA PRIMERA EDAD.

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

SUMARIO.

Historia de un perro, por Madame de Witt.—La oracion.—La pobre vergonzante.—Miguel y Estéban.—El leon agradecido.—Buen corazon.—Los locos de Zaragoza.—Las caricaturas en las tapias.—El origen de arlequin.—La piedad filial.—Advertencia importante.—Anuncio.

HISTORIA DE UN PERRO.

POR

MADAME DE WITT.

Dos jóvenes atravesaban á caballo una de las vastas llanuras de la Australia. La hierba pequeña y escasa, el sol abrasador, todo anunciaba una sequía prolongada. Marchaban al paso, porque detras de ellos, y á una corta distancia, seguia un hombre de negros cabellos, y ojos penetrantes, silbando entre dientes y deteniéndose de vez en cuando para masticar una paja que llevaba en la boca. Los señores hablaban en inglés, pero algunas palabras que de cuando en cuando se le escapaban al pastor denotaban otro origen; hablaba entre sí en patois provenzal (1).

(1) Dialecto frances.

De pronto un perro ceniciento de pelo espeso y rizado, de mirada inteligente é inquieta, cruzó el camino; aproximóse á los caballos siguió un instante sus huellas, pero sin interes, acercóse al provenzal, y despues de un breve reconocimiento lamióle la mano. El pastor volvió la cabeza para acariciar al animal, á tiempo que su amo, el Sr. Raston, que se habia vuelto al apercibir el perro, exclamó vivamente: «¡un perro de pastor, sin dueño! Se habrá escapado; ¡puede que esté rabioso! Esperad, Samuel, no le toqueis», y tomó una pistola del arzon de su silla.

El provenzal hizo un rápido movimiento, cubriendo al perro con su cuerpo: «perdon, señor, le dijo; el perro no está rabioso.»

—¿Qué sabeis, le dijo su amo, con el calor que hace? guardando de nuevo su pistola.

— Le conozco; es el perro del

escocés Campbell, el que vive en casa del Sr. Montgomeri en la campiña de Bethel, dijo el segundo jinete, que, hasta entonces habia presenciado la escena con aire indiferente; habia traído su perro de Escocia con él, segun dicen.

—¿Qué le habrá sucedido al dueño cuando el perro anda errante?

Le habrá pegado su amo, y él se habrá escapado, contestó el señor Raston, y tomaron el trote los caballos.

Signiúles el provenzal con paso igual y rápido, hablando en la marcha al perro que le seguia siempre.

«Un perro como tú abandona á su amo, porque te haya castigado. ¿Qué manera de hablar cuando no se sabe lo que se dice! Quisiera yo saber ahora mismo dónde está ese pobre escocés con su pálido rostro, su elevada estatura, sus grandes manos y sus salmos del domingo por la noche. Se habrá encontrado con algun bribon de salvaje, ó más bien con alguno de esos bandidos de presidiarios; lo que me extraña es que el perro le haya abandonado. En fin, puede tener por seguro que ha encontrado un buen amo.» Y la mano del proven-

zal buscaba la cabeza del perro.

Llegaron delante de la casa, á las puertas de la colonia del señor Raston; éste abandonó la brida de su caballo á un chiquillo medio desnudo, invitando á su compañero á que fuera á descansar y desayunarse, cuando el provenzal se le acercó: «señor, ¿guardo este perro?» preguntóle.

—¿Y qué dirá el vuestro? contestó el Sr. Raston admirado.

—Toby ha muerto, dijo brevemente el pastor, cuyo rostro se puso sombrío. La señora de Raston que acababa de salir de la casa tocó el brazo ligeramente á su marido.

—No preguntéis jamas noticias de su perro á un pastor australiano, Eurique, dijo á media voz. Si no va detras de sus talones es que ha muerto ó está rabioso; ésta es una pregunta que ha valido algunas veces una puñalada. Bien se ve que no habeis nacido en este país.

—Vamos, señora; Samuel no es tan sanguinario, exclamó el señor Raston riéndose; decid al pastor que puede guardar su perro, y llevarlo consigo á la estacion de Morris'Creek, donde iré mañana. Traigo los periódicos y hay cartas, dijo volviéndose hácia su

mujer, que le arrebató enseguida el correo; tesoro sin precio en los desiertos de Australia. Entraron riéndose en la casa, al mismo tiempo que el provenzal, acompañado de su nuevo perro, tomaba el camino de Morris'Creek.

Llegó tarde á la estacion; el pastor, á quien debia reemplazar, estaba ausente; el viejo encargado de guardar la choza y hacer la comida se hallaba acostado y dormido; Samuel tuvo reparo en entrar; en fin, cuando se le abrió la puerta, el perro habia desaparecido. El provenzal no habia tenido tiempo aún de tomar gran afeccion al animal; la noche estaba oscura, por lo que no trató de buscarle, pero entró en la cabaña jurando, y echando más que nunca de ménos á Toby.

«No me hubiera dejado aquél, se dijo; hubiese esperado dos horas á la puerta ántes que abandonarme de esta manera.»

Olvidaba que habia criado á Toby, y que hacia muy pocas horas que poseia al reemplazante que acababa de escapársele.

Á las cuatro de la mañana el provenzal se estiraba sobre su jergon, preparándose á ir á buscar el rebaño á orillas del lago, de cuya guarda se le habia encarga-

do, cuando un ladrido sordo se dejó oir en la puerta.

—Creo que es éí, exclamó abriendo precipitadamente. El perro estaba allí, agitando la cola, con aire alegre y gradecido, pero jadeante, con las patas llenas de barro, el vientre mojado, lo que probaba evidentemente que habia ido muy léjos y cruzado un rio á nado, quizás el lago: lúego que hubo comido se durmió.

—¿De dónde vendrá este perro? preguntó el provenzal, mas no quiso despertarlo, y salió sólo para reconocer el rebaño.

Durante quince dias repitióse todas las noches la misma manobra: el perro desaparecia al anochecer; volvía al ser de dia destrozado, jadeante, pero volvía siempre. El provenzal no esperó más.

—Podeis cenar esta noche sin esperarme, dijo al guardian de la choza; voy á ver lo que hace mi perro todas las noches; no hace nada durante el dia, y sin embargo, ó mucho me engaño, ó este perro es de la mejor raza para ganados; puede que haya encontrado en alguna parte el cuerpo de su antiguo amo; tengo el presentimiento de que ese pobre Campbell ha sido asesinado en algun barranco.

Por la noche, en el momento en que el perro se preparaba á deslizarse tímidamente de la choza, una mano robusta cogióle por el cuello, y el provenzal le ató un collar con una larga cuerda.

—Ahora marcha donde quieras, le dijo.

Volvióse el perro, y pareciendo comprender lo que pasaba, arrastróse sobre su vientre hasta la puerta de la choza, olfateó el viento y partió como una saeta. El pastor, que habia atado la punta de la cuerda á su cuchillo, vióse obligado á correr para seguir al animal, que tiraba á cada instante con fuerza de la soga que le retenia.

Al cabo de media hora de carrera tan desordenada, á la pálida luz de las estrellas apercibióse el provenzal que se encontraba á la márgen de un rio; felizmente estaba cerca de un vado casi seco, y dirigió al perro hácia este sitio; el animal tenia evidentemente la costumbre de atravesar el rio á nado, pero saltó de piedra en piedra como convencido de la superioridad intelectual de su amo.

—Tú no habias descubierto esto, pobre viejo, decia el pastor. El perro agitó la cola al llegar á la otra márgen y echó á correr.

—Desde los quince años jamás he corrido tanto, se decia el provenzal, que tenía más de cuarenta; estoy sofocado, pero espero que pronto llegaremos.

Sentíase el olfato del perro, que sin duda seguia un rastro; dos ó tres veces paróse, y escarbó la tierra, aspirando el aire.

—¿Has perdido la pista, decia su amo, ó qué es lo que buscas?

El perro tomó nueva direccion, lanzando alegres ladridos: un ruido ligero llegó hasta los oidos del provenzal, tan ligero, que solamente un pastor podia conocerlo.

—Busca un rebaño, exclamó con alta voz Samuel; oigo los balidos de los carneros: ¿qué harán tan tarde fuera? ¿Por qué no estarán en los apriscos?

El perro lo habia oido tambien; tiró con tal esfuerzo de la cuerda, que casi la arrancó de las manos de su amo, dirigiéndose hácia el sitio en que se oia el ruido de los carneros; el provenzal echó á correr tras de él.

—Apostaria á que es el rebaño de su antiguo amo, se dijo. ¡Ah! ¡Buen perro! Y continuó corriendo.

Principiaba á distinguirse en las sombras las masas sombrías de un

rebaño echado en la hierba; pronto se oyeron voces.

— Es el perro, dijeron; esta noche se ha retrasado...

Dos hombres se dibujaban en el horizonte; sus negruzcas formas se destacaban bajo el puro cielo.

El perro hizo un último esfuerzo, arrancando la cuerda de manos de su amo, que apenas le retenia, estupefacto por el descubrimiento que acababa de hacer.

El perro corrió al rededor del rebaño, ordenando diligente los carneros que le reconocieron; empujábanlos adelante hácia un aprisco, cuyas oscuras líneas se distinguían en lontananza; si alguno se escapaba, los ladridos del fiel guardian lo traían al rebaño; los carneros eran numerosos; el perro, aunque fatigado, corría siempre mordiendo dulcemente las patas de los rezagados; los pastores nada tenían que hacer; miraban riéndose al útil animal, y no habían visto al provenzal que avanzaba hácia ellos.

— No teneis vergüenza, los dijo bruscamente, en serviros de esta manera de mi perro; ¿qué habeis hecho de los vuestros?

Volviéronse los dos australianos; el uno era pequeño, pálido; tenía aire inteligente y fino; el

otro era un coloso de toscas facciones, labios abultados, y expresión violenta y brutal; éste fue el primero que contestó: ¡Ah! Es vuestro perro. No le conocemos, ni sabemos de donde viene; hace quince dias que nos sigue de parada en parada; hemos tratado muchas veces de hacerle perder la pista, pero siempre nos encuentra; á fe mia, le dejamos hacer lo que quiere, nos ha tomado afición, probablemente á Stevens, echóse á reir enseñando á su camarada: —¿De dónde viene el rebaño? ¿Hace mucho tiempo que cuidais de él? preguntóle el provenzal, prosiguiendo en su idea.

— No hace quince dias; viene del Norte. El Sr. Montgonmery lo ha vendido al Sr. Blake, á cuyo servicio estamos, respondió el pastor con burlesca ironía.

— ¡Ah! Ya comprendo, dijo el provenzal, como si hablára consigo mismo; pero el pastor del señor Montgonmery ¿por qué no ha conducido el rebaño? Un escocés que se llama Campbell.....

— ¿No le habeis visto?

— Jamas, dijo el jóven australiano, pero su compañero palideció y parecia temblar de frio.

El perro, que habia concluido de meter los carneros en el aprisco,

habia venido á sentarse detras del dueño que habia escogido, mirándole con aire interrogador, como diciéndole: «he concluido. ¿Puedo marchar?»

El provenzal tenia enfrente al coloso Stevens.

—Teneis frio, me parece, dijo lentamente y como dejando caer á propósito cada una de sus palabras: vais á tener calentura; hariais bien entrando en vuestra choza; las noches son malsanas, y el pobre Cambbell lo habrá aprendido tarde por su daño. Buenas noches.

Y silbando á su perro, emprendió su caminata á traves de la pradera.

—¡Si alguna vez le encuentro! murmuró Stevens entre dientes.

—Este bandido ha sido el asesino del pobre escocés, se decia el Provenzal, siguiendo á su perro á traves de la llanura.

El animal no se equivocó; pasó por el vado del rio, y condujo directamente á su amo á la cabaña; los dos se durmieron al lado del fuego. Á la noche siguiente el pastor ató á su perro. Al cabo de algunas noches de agitacion y de aullidos lastimeros el pobre animal se resignó. Comenzó á tomar cariño al nuevo amo y al nuevo

rebaño, pronto se le dejó en libertad, y el animal no intentó huir; el Provenzal estaba satisfecho y contaba á todo el mundo la historia de las nocturnas expediciones de su perro.

—No hay un animal parecido en todo este territorio, decia acariciando á su fiel Dragon, cuyo nombre le habia puesto, despues de haber ensayado otros muchos á los que el perro no atendia; parecia que el sonido de su nuevo nombre le recordaba sucesos ya pasados.

Hallábase aún el provenzal en la granja de Morris'Creek con Dragon, cuando recibió una carta. El amo habia estado en Sydney, y habia recogido en Correos la correspondencia atrasada de toda su gente. El pastor recibia de tarde en tarde algunas cartas; aguardó para leer la suya, á estar en el campo con su rebaño. Abrió el sobre, y lentamente, palabra por palabra, descifró las noticias que venian de Francia á traves de los mares.

Dobló el papel y guardó la carta en su bolsillo; quedóse inmóvil, sentado sobre una piedra, con la mirada fija y las manos sobre las rodillas. Poco á poco, sus ojos se llenaron de lágrimas, ocultó su rostro entre sus brazos cruzados, y

lloró como un niño. Su madre había muerto sin verle, pero enviándole su bendición y encargándole á su hermana, joven que quedaba sin otra protección.

La emoción del provenzal fué corta, pero violenta; se levantó, pasó la mano por sus ojos; Dragon estaba á su lado, vigilando el rebano y mirando á su amo con aire suplicante.

— Se acabó, amigo mio, dijo el pastor dirigiéndose al animal, no la volveré á ver más; pero no puedo dejar abandonada á Marta, es preciso volver á Europa, abandonar todo esto.

Y miraba á su alrededor con sentimiento vago, pero profundo, encantado de la libertad y del espacio.

— Puedes estar tranquilo, continuó, te llevaré; no nos separaremos ni en vida ni en muerte; ¿no es verdad, Dragon?

El perro le lamió las manos.

Quince días despues el provenzal estaba en Sydney, donde tomó pasaje en un buque americano, dispuesto á partir. Un inglés joven, que marchaba á establecerse en Bush, se fijó en el perro que le seguía, y habiendo visto entrar á su amo en un muelle:

— Regresais á Europa, dijo al

provenzal, donde no necesitáis del perro, ¿quereis vendérmelo?

Samuel miró á su interlocutor de piés á cabeza.

— ¿Sois rico? le preguntó bruscamente.

— Puede ser; pero ¿os interesa mucho? contestó el inglés con algo de altanería.

— Es que aún cuando poseyeseis todos los tesoros de la Colonia no serian bastantes para pagar mi Dragon.

Y el provenzal giró sobre sus talones, apoyando la mano sobre la cabeza de su perro.

Llevaban ya más de un mes en el agua, la *María Ana* marchaba bien, los pasajeros eran numerosos, el provenzal se habia hecho amigo de la mayoría y contádoles la historia de Dragon; todo el mundo acariciaba al fiel animal. Por su parte, Dragon no tenía apego al mar; se le veía frecuentemente con la cabeza apoyada con tristeza sobre el borde del buque, mirando á las olas como acusándolas de que le privaban de su libertad.

— Te entristeces, le decia su amo; tranquilízate, cuando estemos en nuestra casa, allá lejos, en Francia, iremos á un rincón

cito del *Var* y tendrémos carneros propios.

Y le pasaba la mano sobre su collar de cuero.

Los perros son sufridos, pero no comprenden las esperanzas lejanas; un día Dragon se fastidiaba demasiado; vió un cetáceo que jugaba en las olas al costado del buque y saltó al mar creyendo poder cogerle. El provenzal estaba sobre el puente.

— El perro se ha tirado al mar, exclamaron algunas voces.

Samuel corrió al lado del capitán.

— ¡Mi perro se ha caído al agua! le dijo con precipitación

— Lo siento mucho, le dijo el capitán, pero ¿qué quereis que haga?

— Haced que pare el buque y mandad echar una chalupa al mar, exclamó el provenzal.

— ¡Por un perro! Y el americano se encogió de hombros.

— ¡Pues por un hombre! exclamó el provenzal. Y de un solo empuje saltó á las olas, nadando en seguida vigorosamente hacia Dragon.

— ¡Un hombre al mar! gritaron en todas direcciones.

El americano se puso furioso, pero sabía cumplir con su deber; la lancha fué inmediatamente lan-

zada al mar, con cuatro marinos experimentados; de antemano se habían echado las anclas del buque, cuya marcha se contuvo. Samuel nadaba bien, había recobrado á Dragon y se lo alargó á los marineros que tripulaban la lancha. Después, rendido de fatiga, se dejó caer al lado de su perro.

— Si volveis á repetir, dijo el capitán en el momento en que los dos fieles amigos llegaban sobre el puente, os dejaré perecer á vos y á vuestro perro.

— El perro solo vale mucho más que la mitad de los hombres que hay aquí, contestó el terco del provenzal.

La *María Ana* tocó, por último, al término de su viaje; ya era tiempo; Dragon estaba flaco, triste, se moría de pena; su amo, después de su aventura, lo había atado.

— Pronto llegamos, pobre viejo, le decía el provenzal; ten paciencia por dos días.

Dragon movía ligeramente la cola; Samuel estaba intranquilo.

La vista de tierra y el campo no devolvió á Dragon sus fuerzas; seguía tristemente á su amo á través de las empinadas calles de Marsella; ladró á la vista del tren y sobre todo cuando se le obligó á me-

terse en la perrera; pero cuando Samuel se apeó en una estacion próxima á Marsella, cuando se vió en una gran carretera llena de polvo, bajo un sol abrasador, en libertad, con una vasta llanura delante, el pobre perro pareció que volvía á nacer; dió tres ó cuatro rápidas vueltas sobre sí mismo, olfateó las manos de su amo, como queriendo asegurarse que no tenía cuerda alguna para atarlo, y, por último, ladrando alegremente se lanzó con todas sus fuerzas por enmedio de una pradera que cruzaba el camino; corría mirando en todas direcciones como si buscase los estrechos límites á que se habia acostumbrado despues de tres meses. No encontrándolos, volvía, siempre corriendo, al lado de su amo y se revolcaba entre el polvo á sus piés.

— ¿Estás contento? le decia el provenzal; ¡aquí no hay mar ni cuerda!

Como se hallaba tan flojo, y habia corrido tanto, se fatigó demasiado; cogióle en brazos su amo, y llevando á Dragon de esta manera penetró en la casa donde habia muerto su madre y donde su hermana Marta lo esperaba.

Samuel no habia escrito anunciando su llegada por falta de

tiempo, y ademas, le agradaban las sorpresas; desde hacia tres meses sólo pensaba en su hermana Marta, á la que habia dejado todavía muy niña, y á la que se representaba siempre igual en su imaginacion; creía oír sus alegres gritos, ver palidecer sus mejillas, enrojecidas despues por la emocion. Su viva imaginacion meridional le diseñaba el cuadro de la buena vida que iban á disfrutar, con los bienes que compraria, en una garganta pequeña de montañas, lejos de las ciudades y aún de las aldeas, en un sitio donde hubiese espacio suficiente y pasto bastante para los carneros.

— Tendrémos merinos, vejete le decia á Dragon.

Algunas veces, junto á estos deseos de su imaginacion, el provenzal habia visto pasar una idea desagradable: Marta prometia ántes ser bonita, ¿pretenderia alguno casarse con ella?

— ¡Bah, es muy jóven! se decia el hermano, absteniéndose de calcular los años que habian trascurrido desde el dia en que Marta, deshecha en lágrimas, habia pasado sus brazos alrededor de su cuello, al lado del sillón de su madre, diciéndole:

— ¡No me olvidarás, Gasparón!

Nadie le había llamado Gasparon desde aquel día.

Marta se hallaba en el mismo sitio; á su lado, la tía Mariana, encargada de ella hasta el regreso de Samuel; pero más próximo á ella; estaba sentado un jóven. Su sombrero estaba sobre la mesa, un nudoso baston entre las piernas, reíase, tenia aire de satisfecho, y Marta le hablaba un poco sonrojada..... De pronto se levantó, había divisado á su hermano, y á pesar de los muchos años que se hallaba ausente, á pesar de lo tostado que tenía su cutis por el sol, lo reconoció al instante; dió un grito y corrió á su encuentro.

— ¡Gasparon, Gasparon! decia.

El provenzal, que se encontraba molestando por su perro, dejóle deslizarse hasta el suelo y estrechó á Marta entre sus brazos; había visto al primer golpe de vista que había respondido á las promesas de su niñez y que era hermosa; pero ¿qué hacía allí aquel jóven? ¿Viviría de sus rentas, cuando pasaba el centro del día visitando á las jóvenes? ¿Qué pensaba de aquello su tía Mariana?

Todos estos pensamientos cruzaron rápidamente por la imaginación de Samuel, pero lo suficiente para hacerle fruncir el entrece-

jo; el jóven que se hallaba de visita apercibióse, y no quiso disgustar al recién llegado.

— Buenas tardes, señora Mariana, dijo; buenas tardes, Sr. Gaspar... Dudó, mas cobrando ánimo... Buenas tardes, Marta, repitió, y salió.

— ¿Quién es ese buen mozo que hace visitas en el centro del día, como la gente de posicion, y que es tan fino? preguntó el provenzal.

Marta enrojeció.

— Es el novio de Marta, dijo tranquilamente la tía Mariana acariciando á Dragon. ¿Cómo está tan flaco tu perro, Gaspar? añadió, como si la primera parte de sus frases no hubiese tenido importancia alguna.

¡El novio de Marta! Todas las ilusiones de Samuel se desvanecieron de un golpe; ya no había que pensar con pradera, ni casa, ni carneros; todo su porvenir estaba cifrado contando con Marta, con la compañía de Marta; él había abandonado todo, un país donde ganaba dinero (y apretó su cinturón de cuero para asegurarse que su fortuna estaba allí), una vida que tanto le agradaba, el más hermoso rebaño de Bush, para venir á protegerla, guardarla, vivir con

ella, y apenas puesto el pié en la casa paterna le hablan del novio de Marta. Su cólera estalló.

—¿Y desde cuándo tienes novio? dijo volviéndose hacia su hermana. ¿Tanto tiempo hace que ha muerto tu madre para que ya pienses en casarte? ¿Tienes mucha prisa?

Y sus ojos centelleaban.

—Yo ignoraba que tú vendrías, decia Marta entre sollozos; no podía, por lo tanto, permanecer sola. Ulises me ama desde hace mucho tiempo...

—Es un excelente muchacho y bastante rico, replicó la tia Mariana.

—Entonces, puesto que todo lo teneis arreglado, no me queda más qué hacer que volverme á marchar á la Australia, dijo Samuel irritado aún. ¡Toma, Dragon! é hizo ademán de salir.

La tia Mariana se levantó, con un gesto impuso silencio á Marta, que se defendia con suspiros y reconvencciones y avanzó hacia la puerta.

—Te prohibo que salgas, dijo.

La anciana se habia transformado: asemejábase á su hermana, á la madre de Gaspar, como aún recordaba de otros tiempos, bella aún y respetable con su vestido de viuda.

—Como gustéis, murmuró entre dientes, y tomó asiento.

Marta cerró la puerta, y, por una súbita inspiracion, fué á sentarse sobre las rodillas de su hermano. Él la abrazó; despues, llamando á Dragon, dijo gravemente:

—Hé aquí el único amigo que me queda, puesto que Marta tiene novio.

El provenzal tomó su partido, su hermana no volvió á oír una queja; habia transcurrido bastante tiempo desde la muerte de su madre, la carta de Marta tardó seis meses en llegar á la Australia, Samuel habia empleado cinco meses en regresar, el año de luto iba á terminar. Ulises poseia una casa, una linda finca sobre la carretera de Marsella, segun decia Marta, de la que pronto sería la dueña, puesto que su futuro era huérfano y disfrutaba de sus bienes.

—Tia Mariana, nos quedaremos nosotros aquí, dijo el provenzal al oír las narraciones que le contaba la anciana; vos no teneis hijos ni yo tengo madre; ¿quién nos hará la comida á Dragon y á mí?

Algunos dias despues Marta se habia casado. Volvian de la boda; la tia Mariana fatigada de tantas emociones, se habia sentado al lado del fuego, y lloraba tranquilamen-

mente. Gaspar entró muy pálido.

—No me espereis esta noche, necesitamos Dragon y yo tomar un poco el aire, dijo bruscamente y salió.

La anciana se asomó á la ventana para ver dónde iba. Marchaba muy de prisa con el perro al lado. «¡Pobre Gaspar, se dijo, y sin embargo, sufre por ella»; y cruzó las manos para rezar.

En vano la tia Mariana esperó durante ocho dias la vuelta de Gaspar; por la mañana decia: «Vendrá esta noche»; por la noche repetia: «Vendrá mañana.» Marta abandonó por dos veces su nueva habitacion para saber si su hermano habia vuelto.

Sollozaba tímidamente en la casa, por miedo de irritarle, si estaba allí. Habia, por último, comprendido el sacrificio que habia hecho el pastor al abandonarlo todo por venir á su lado, y la pena que habia sufrido al ver que su hermana no le necesitaba.

Hallábase intranquila por tan prolongada ausencia.

—¿Qué direccion tomó? preguntó por centésima vez á la tia Mariana.

—No lo sé, respondia constantemente la anciana. Tomó por la carretera; creo iba sin direccion.

Un dia, al anochecer, Samuel apareció á la puerta de la casa. Venia fatigado, pero ya no tenía tristeza.

—He estado lejos, en la montaña, dijo brevemente, al interrogarle su tia acerca de su viaje.

Marta era dichosa, poseia cabras, un cerdo, palomos. Su marido tenía en el establo una buena pareja de bueyes, y trabajaba tranquilamente en su posesion. La tia Mariana, apoyada en su báculo, se trasladaba casi todos los dias á la nueva casa. Ayudaba á Marta en las faenas domésticas; contaba y arreglaba en los armarios las pilas de lienzo que habia puesto la madre de Ulises. Gaspar estaba solo y se paseaba con Dragon, segun decia la tia.

Paseábase, en efecto, cada dia más lejos; estaba triste y permanecia ocioso. Habia tratado de guardar rebaños en las cercanías, pero una centena de carneros no era bastante para su celo ni para la sagacidad de Dragon. Parecia que el perro contaba uno á uno á estos raros habitantes de las laderas, despues aspiraba el aire y buscaba á los demas. Tanto el provenzal como Dragon tenían el mal del país, de su país adoptivo, de aquella Australia donde tenían su

ocupacion, soledad y 1.000 carneros para su custodia.

Samuel trató de partir; en una de sus solitarias excursiones habia llegado á Marsella para enterarse de los buques que marchaban á la Australia; supo que la *Ana-María* habia completado su cargamento é iba á darse á la vela para Sydney. Miró á su perro. «Sin tí marcharia con el americano, le dijo; pero si hacias otra diablura dejaria que te ahogases, y no quiero atarte más, te moririas; esperaremos.» El perro le lamió las manos con aire de agradecimiento. Diríase que reconocia su prision flotante.

Aquel mismo dia Samuel entró en su casa con paso vacilante. «No sé lo que tengo», respondia á las preguntas intranquilas de la señora Mariana. «Creo que me duele la cabeza.» Se fué á acostar; tenia calentura. Pasó la noche con desasosiego, dando vueltas en el lecho; por la mañana, cuando entró en la sala baja, la anciana se asustó. «Estoy un poco malo, decia el provenzal, pero esto pasará.» Durante el dia permaneció al lado del fuego dando diente con diente. Al dia siguiente no se levantó.

Marta vino á ver á su hermano, y Ulises, que era jóven y que tenía las costumbres de las ciudades,

como decia su mujer, propuso que se fuese á llamar al médico; la tia Mariana se burló de él.

—¡Un médico por un amago de calentura! decia.

—Ya me ha sucedido lo mismo en la Australia, decia el provenzal.

Pero sus ojos se agrandaron desmesuradamente, sus mejillas se hundieron, se hallaba sin fuerzas. Dragon no abandonaba á su amo, no queria bajar para comer, y era necesario llevarle la comida hasta el lado de la cama.

—Temes que me vaya sin tí, pobre viejo, decia Samuel; puede que sea cierto uno de estos dias.

No se quiso llamar al médico, pero el enfermo se moria. Una tarde hallábase solo con la tia Mariana; incorporóse sobre su lecho, y habló á Dragon:

—No volverémos á ver á nuestro rebaño, decia á media voz, no correrémos más por las extensas praderas, no volverémos á vadear los ríos. ¿Te acuerdas de los carneros de tu antiguo amo que ibas á buscar tan lejos?

Y Dragon agitaba dulcemente la cola, lamiendo la mano de su amo.

—Usted lo cuidará, tia Mariana, dijo el provenzal; la he dejado la casita, he mirado por V.; en la no-

taria del distrito... encontrará usted mi testamento, lo hice cuando... creía que marcharía... hacía abajo; pero es... un viaje más largo... Dios se apiadará de mí...

Su voz se extinguió. Cuando Marta vino á la mañana siguiente para saber cómo seguía su hermano, la tía Mariana estaba de rodillas, rezando al lado del lecho.

Gaspar había muerto.

Marta lloraba, Ulises trataba de consolarla; la tía Mariana recordaba el pasado, la llegada de Samuel, el golpe que sufrió al saber que su hermana debía casarse, sus largas y solitarias correrías, su creciente melancolía.

—No tenía más amigo que su perro, decía entre sí. Y se agachaba para acariciar á Dragon.

El perro dormía. Levantóse lentamente, estiró sus miembros entumecidos, después púsose de pie, apoyó las patas sobre el lecho para lamer la mano de su amo. El frío glacial de la muerte le extrañó; acercóse al rostro y pasó con suavidad su lengua sobre los labios fríos, después dió un lastimero ladrido, dejándose caer pesadamente al suelo, y se echó cerca del lecho.

—Creo que ha comprendido lo que sucede, dijo Ulises al bajarse para acariciar al perro.

Dragon levantó la cabeza y enseñó los dientes. Jamas había demostrado afecto ni aversión por el jóven; pero allí, cerca del cuerpo de su amo, parecía quererlo proteger, y el perro demasiado sabía que el provenzal no quería á Ulises.

—¡Dragon! ¡pobrecito! decía Marta.

El perro levantó tan sólo la cabeza cuando la arrugada mano de la tía Mariana se apoyó sobre su cabeza. Sintió que una lágrima, de las escasas lágrimas de la vejez, caía sobre su piel. Miró entonces á la anciana; el perro no lloraba, pero sus ojos suplicaban de tal manera, estaban tan tristes, que Marta se volvió sollozando.

—Vén, Dragon, dijo la tía Mariana levantándose; vén, pobre perro, ya nadie necesita de tí.

Dragon había ocultado su cabeza entre sus patas, y no hacía caso de lo que pasaba á su alrededor.

—Vén, Dragon, repitió Marta.

Pero el perro no se movió.

Ulises quiso cogerle entre sus brazos para llevarlo; un sordo gruñido se oyó; los pelos del animal se pusieron de punta, sus ojos centelleaban, Marta cogió á su marido por el brazo.

—Déjale quieto, te morderá, le dijo asustada.

Los tres bajaron á la sala dejando solo á Dragon con el cuerpo de su amo.

Trascurrieron dos dias. Habian enterrado al provenzal; Dragon habia seguido á su amo hasta el cementerio, y áun no habia vuelto. Una noche, al ir á acostarse la tia Mariana, oyó un lastimero aullido.

—Es Dragon, se dijo.

Y bajó á abrir. El perro entró sin poderse tener apenas y arañó á la puerta de la escalera.

—Pobre perrito, ya no está ahí.

Pero abrió la puerta. El perro subió hasta la alcoba, la ventana estaba abierta, los colchones doblados, todos los demas muebles de la habitacion habian desaparecido. Acercóse al lecho Dragon y se tendió al lado; estaba jadeando.

—Apostaria á que no ha comido nada, dijo entre sí Mariana.

Y bajó á buscar un poco de comida.

El perro habia cerrado los ojos cuando volvió. En vano trató de abrirle los dientes y hacerle tragar algun alimento; movió un poco la cabeza y la miró tristemente; dejóle, por último, la escudilla al lado.

—Cuando tenga hambre comerá.

Al volver la mañana siguiente

para ver si el perro estaba mejor, se lo encontró muerto.

LA ORACION.

Es una buena costumbre que los niños rezen todos los dias, por la mañana al levantarse, y por la noche al acostarse. Así cuando llegan á ser hombres no han olvidado tan piadosa costumbre, y no dan el tristísimo ejemplo de no sober una oracion que enseñar á sus hijos.

LA POBRE VERGONZANTE.

Cuando de noche al volver del teatro con vuestros padres, veais, niños, en la oscuridad una pobre mujer, en la actitud en que está la de nuestra viñeta, pedid á vuestros padres que la socorran. Acaso es una madre que espera un socorro para llevar pan á sus hijos.



LA ORACION. (Véase pág. 18.)

Ayuntamiento de Madrid



Ad Goubaud & Fils. Ed^{rs} Paris

LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA
 MADRID — *Ayuntamiento de Madrid* *de los Niños*



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



LA POBRE VERGONZANTE. (Véase pág. 18.)

Ayuntamiento de Madrid

MIGUEL Y ESTÉBAN.

Un rico labrador tenía dos hijos. El día de su nacimiento plantó á la entrada de su huerto dos manzanos de igual tronco. Cuando los dos muchachos estuvieron en estado de manejar los instrumentos de la jardinería, los llevó un día de primavera delante de los dos árboles que les habia plantado, y puesto á cada uno su nombre, y despues de haberles hecho admirar su bello tronco y la prodigiosa cantidad de flores de que estaban cubiertos, les dijo:

«Ya veis, hijos míos, que os los entrego en buen estado, y que tanto pueden ganar por vuestro cuidado como perder por vuestra negligencia. Sus frutos os recompensarán de vuestros trabajos.»

El segundo, llamado Estéban, era infatigable en sus labores, y tenía gran cuidado de preservar su árbol de las orugas que le habrían devorado; puso un ródrigon al tronco para que no se torciese, y cavaba la tierra alrededor para que se penetrase más fácilmente de los rayos del sol y de la humedad del rocío.

Miguel, su hermano, no hacía nada de esto, y pasaba el día tre-

pando por la cerca, tirando piedras á los que pasaban y andando á cachetes con todos los chicos de la aldea; en una palabra, no se acordó de su árbol hasta que vió el de Estéban en el otoño tan cargado de manzanas que las ramas se desgajaban con el peso. Admirado á vista de tan bella cosecha, corrió á su árbol con esperanzas de obtener por lo ménos otra igual; mas cuál fué su sorpresa al no encontrar más que algunas ramas cubiertas de musgo, y algunas hojas amarillentas.

Lleno de envidia y de despecho va á buscar á su padre y le dice: Padre mío, ¿qué árbol me habeis dado? Está seco como un palo de escoba y ni siquiera cogeré una manzana; pero con mi hermano os habeis portado mejor; mandadle á lo ménos que reparta conmigo las manzanas.—¡Que las reparta contigo! respondió su padre, no; así el trabajador perdería el fruto de sus sudores para alimentar al holgazán. Sufre, que éste es el premio de tu negligencia. Tu árbol era tan vigoroso como el suyo, pero no ha sido igualmente cultivado.

Miguel, conociendo cuán justas eran las reconvenciones de su padre, cultivó con más cuidado su árbol para otro año, perdió las ma-

las costumbres y obtuvo una abundante cosecha.

Veis, hijos míos, en este ejemplo el premio del trabajo y los efectos de la holgazanería: aquel, aunque moleste alguna cosa y haga sufrir al que lo practica, produce con el tiempo un placer que hace olvidar cuantas fatigas se han sufrido, no experimentando ya sino satisfacciones: la holgazanería, por el contrario, ofrece en un principio reposo y gusto, repeliendo, digámoslo así, toda fatiga y molestia; mas al fin, llena de dolor al holgazan, porque mientras el trabajador disfruta de satisfacciones gozando del fruto de sus tareas, aquél se ve privado de todos los medios, no sólo productivos de gustos verdaderos, sino aún de su misma subsistencia, contemplándose en todo infeliz. Podeis, por tanto, hijos míos, inferir cuál debe ser vuestra conducta si quereis experimentar lo que experimentó Estéban por haber cultivado bien su arbolito, y no quedaros con el desconsuelo de Miguel por haber abandonado el suyo. Trabajad como el primero, y no seais holgazanes como el segundo, seguros de recoger algun dia el premio de vuestros trabajos.

EL LEON AGRADECIDO.

Un esclavo llamado Androcles, no pudiendo tolerar los malos tratamientos de su amo, procónsul romano en Africa, resolvió escaparse, lo que al fin pudo lograr, aunque con harto trabajo. Un dia que habia atravesado una espesa selva se detuvo muy fatigado, y ya al anochecer, cerca de una caverna, en la que se entró para esperar á que llegase la mañana.

A poco rato vió venir un formidable leon que se dirigia hácia donde él estaba.

El esclavo se quedó medio muerto de miedo, pues creyó firmemente que le iba á devorar; mas el leon se acercó á él cojeando, sin poder sentar una de las patas, que le mostró cuando llegó adonde él estaba.

Androcles notó que tenía clavada una gruesa espina, y sacándosela al momento y haciendo tiras su pañuelo envolvió la parte enferma con él.

El animal agradecido le acarició, y sin hacerle mal alguno, le permitió continuar su viaje.

Algunos años despues, el esclavo

vo cayó en manos de sus perseguidores, y fué llevado á su amo, quien mandó que fuese destrozado por las fieras.

Ya que estuvo en el paraje destinado para ello, llamado la arena, soltaron un leon furioso, que se dirigió hacia él para devorarle; mas cuando estuvo cerca se paró á mirarle, y habiendo reconocido que era el que le habia sacado la espina, se le acercó meneando la cabeza y la cola, como dando á

entender el placer que experimentaba en verle.

Todo el inmenso concurso que se hallaba presente se quedó sorprendido, especialmente el emperador, que, mandando venir al esclavo le preguntó la causa de tan admirable suceso, y habiéndosela explicado, le perdonó y le regaló el leon, que atado con una soguilla, se dejó conducir adonde el esclavo quiso llevarle.



Los niños caritativos.



BUEN CORAZON.

¿No quieres dulces?....

Mamá,

Perdóname, no los quiero,

Que dar los cuartos prefiero

A quien pidiéndome está

Con acento lastimero.

Esto ¿no lo manda Dios?....

—Sí, mi vida y mi alegría.

—El nos hizo, madre mía,

Hermanitos á los dos,

¿Piensas que no lo sabia?....

LOS LOCOS DE ZARAGOZA.

Hijos míos : recelando que tomeis alguna arma de fuego, y os espongaís con ella á causar los terribles desastres que desgraciadamente se repiten con tanta frecuencia, no dejaré nunca de aconsejaros que en vuestra edad las mireis con horror, apoyándolo siempre con los abundantes ejemplos de desgracia que han producido semejantes descuidos. Si, niños míos ; sería muy larga de contar la historia de los estragos ocurridos por el imprudente uso de las armas de fuego.

Los periódicos de todos tiempos y de todos los países nos refieren sucesos de esta clase, y, sin embargo, nadie se corrige.

¿No es bastante el uso mortífero que se hace de ellas en las guerras, sino que se han de añadir las desgracias causadas por la imprudencia á las ocurridas por necesidad?

¿Qué diversion puede proporcionar á los niños su manejo por un vano simulacro de caza ó de guerra?

Ya que os empeñáis en ser soldados ó cazadores ántes de tiem-

po, sedlo con escopetas de hoja de lata.

Gritad todo el día ¡armas al hombro ! ¡presenten ! ¡apunten ! ¡fuego ! y disparad á boca de jarro á cuantos cosacos os dé la gana ; pero que sea con armas de los comercios de juguetes.

El peligro de las armas de fuego en vuestras manos sería ménos temible si solo vosotros os expusieseis ; pero, por desgracia, teneis la manía de apuntar á las personas que os rodean más frecuentemente ; aquellas que más os quieren, y que os son más queridas ; por ejemplo, vuestros padres ó hermanos, un pariente, un amigo, etc. Ya sabeis que Zaragoza es en una ciudad célebre, entre otras cosas, por la casa de locos que hay en ella.

Allí la razon humana está de carnaval todo el año ; en las cabezas de los encerrados en tan triste albergue los pensamientos saltan, bailan, se cruzan, revolotean, y los sentimientos de su corazon son desordenados, vacilantes, ridículos y burlescos ; da lástima verlos.

Hace poco tiempo que tuve ocasion de examinarlo, suspenso delante de la reja de un patio en que estaban encerrados los locos, les observaba paseándose en todas di-

recciones, como personas que caminaban sin intencion de ir á ninguna parte.

Rara vez hablan entre sí.

Un loco se vino hácia mí, y me dijo con mucho sigilo por entre los hierros que él era el Gran Turco, y que todos los demas eran gentes de su guardia; en seguida me pidió un cigarro.

Otro acudió diciéndome que era el Sumo Pontífice; despues de haberme echado sendas bendiciones, me pilló la petaca y escapó.

Mientras se escabullia, vi otro que venia hácia mí oblicuamente, medio inclinado, y en la misma actitud de un hombre que apunta á otro con un fusil.

Cuando me creyó á su alcance, gritó: «Prum, ¡ella ha muerto!» Y en seguida fué á sentarse en un banco de piedra, desfallecido y pasándose la mano por su frente pálida é inundada de sudor.

Era un jóven de unos veinte años, de una bella fisonomía, á pesar de estar muy flaco, y de un mirar muy esquivo.

— Este infeliz me cree mujer, dije yo al conserje: ha dicho «¡Ella ha muerto!»

— ¡Ah, señor, qué historia tan lastimosa es la de ese jóven! me respondió el conserje.

— Contádmela, amigo, le dije yo, que no seré desagradecido, porque ese jóven me interesa vivamente.

— Pues escuchadme, contestó el guarda: «Há cosa de doce años que una honrada familia rica, y hasta entónces bendecida del cielo, vino á establecerse en una casa de campo, á pocas leguas de esta ciudad.

Se componia de padre, madre, un hijo llamado Victorino..... Al oir su nombre, el jóven loco se levantó, y con el pelo erizado fijó en nosotros sus desencajados ojos.

— Apartémonos un poco, me dijo el conserje; nos alejamos, y continuó en estos términos: «Este niño era objeto del amor y de la satisfaccion de sus padres, y habia venido á pasar á su lado las vacaciones, despues de haber obtenido uno de los primeros premios en el colegio en que estudiaba; así es que todo el mundo le festejaba. ¡Con qué delicia le besaba su buena madre! Él por su parte, mirándola con ternura, le decia: «Querida madre, por V. es, por V. por quien quiero distinguirme en los estudios.»

» En seguida cogia sus manos y se las besaba.

» La pobre madre lloraba de ale-

gría, y el padre era testigo oculto de estas tiernas escenas, y levantando las manos al cielo, le daba gracias por haberle dado una mujer y dos hijos tan semejantes, porque Victorino tenía también una hermana pequeña.

» El padre de Victorino estaba en vísperas de ausentarse por un mes.

» Antes de partir dió varios consejos á su hijo, y le encargó diversas cosas, sobre todo el no tocar á las armas de fuego.

» Hacía poco tiempo que había sucedido una desgracia, que excitaba la solicitud del padre, quien marchó después de haber abrazado á su mujer y á sus dos hijos.

» Mientras que estuvo ausente, Victorino empleó todo el tiempo en los estudios serios en su cuarto, y en lecturas recreativas en el paseo.

» Acompañaba también á su madre, que, criando por sí misma á su hermanita Estela, no podía separarse de la casa.

» Una de las cosas que más gusto daban á Victorino era tomar en brazos á su hermanita, de la que también era padrino; darle golpecitos en los carrillos para que se riese, llamarla con los más dulces títulos, hacerla bailar sobre sus

rodillas cuando lloraba, mecerla suavemente en la cuna, y contemplar dormida á la inocente y tierna criatura.

» Era un delicioso espectáculo el que ofrecía aquella madre cerca de la cuna de su hija dirigiendo alternativamente sus miradas de la expresiva cabeza de Victorino á la linda cabecita de su Estela: abrazando á estos dos seres tan amables por diferentes títulos, y acordándose de su esposo, exclamaba: «¡Feliz padre! ¡Cuándo vendrás á gozar de tan dulce espectáculo, que lo será aún más con tu presencia!

» Un mes había transcurrido, y el padre de Victorino debía llegar aquel mismo día. Se habían suspendido las tareas de campo, y todos los dependientes de la casa se habían puesto los vestidos del día de fiesta.

» Habían desollado algunos inocentes conejos y pelado buen número de pollos, ensartándolos en el asador.

» Las cocinas todas humeaban, la habitación del amo estaba adornada de flores, y la alegría y la serenidad pintadas en todos los semblantes.

» Hasta los perros, correteando aquí y allá, y meneando la cola,

parecia. que disfrutaban del contento general.

»Victorino habia cogido su Esopo para traducir algunas fábulas, mas no habia podido; despues tomó otro libro y tampoco adelantó cosa alguna; esperaba á su padre y no podia ocuparse de otra cosa.

»Iba desde la cocina al cuarto de su padre, desde el jardin á la portería, corria por todas partes para entretener el tiempo, que trascuria para él con mortal lentitud, pues Victorino esperaba á su padre. ¿Qué hará hasta que llegue?

»Entra en la casilla del guarda de la posesion, y ve una escopeta en un rincon; olvida el precepto de su padre, y la coge, despues de haber preguntado si estaba cargada.

»El guarda le respondió que no, y, en efecto, no lo estaba, de lo que se convenció fácilmente, metiendo la baqueta en el cañon.

»Sale de allí dejando la escopeta, y se va á descansar un rato bajo un frondoso cenador.

»Al ir á entrar ve á su madre con su niña por entre los arbustos que le cubrian. «¡Caramba! dijo él, voy á dar un poco de miedo á mamá; será una risa; va á creer que soy el guarda-bosque.

»Y sin más ni más vuelve pron-

tamente á la casilla del guarda, que estaba ausente.

»Victorino entra, y á poco rato sale con una escopeta al hombro, su bandolera y su sable, y un sombrero que le caia hasta los ojos, y se va acercando con tiento al cenador.

»En este momento su madre estaba divirtiéndose á su hijita Estela, levantándola en el aire y dejándola caer sobre sus rodillas.

»La niña reia á carcajadas, y la madre era feliz. «Mis hijos, decia, están buenos; mi Victorino es un prodigio; mi marido llega hoy, y ya me parece que le veo á mi lado. ¡Oh Dios mio, que dicha!» Victorino decia para sí: «Armaré la escopeta, y tocando al gatillo, sonará la llave; mamá se volverá hácia mí con el ruido; entónces entraré, y con bronca voz la preguntaré: ¿Qué se hace aquí? Y en seguida me quitaré el sombrero.

»¡Cómo nos reiremos!» Victorino introdujo el cañon de la escopeta en el cenador, por entre el ramaje, y apuntó hácia su madre; armó la escopeta y disparó....

»Un criado habia salido á caballo al encuentro del padre de Victorino, y le encontró á una legua de la casa de campo.» — ¡Hola Juan! ¿cómo están todos en casa?

— Perfectamente, señor; todos os esperan con gran impaciencia. — Dime, ¿y la niña chiquitita? — Lo mismito que una manzana; es el vivo retrato de la señora. »

« El buen padre sentia palpar con violencia su corazon. »

» Iba á abrazar á su esposa, á sus dos hijos; sus buenos amigos se habian reunido para solemnizar su regreso. »

» Aquella noche no dormiré, pues la alegría desvela lo mismo que el dolor. »

» — Vamos, Juan, vamos; si parece que no nos movemos: arreemos las caballerías. — Señor, pues si vamos á galope, y estamos ya para llegar! ya distingo desde aquí el cenador en que quedaba la señora dando de mamar á la niña, y estoy seguro que está allí todavía. — Tanto mejor, pues está á la entrada y abrazaré á mi esposa así que me apée. »

» Los caballos sudaban y no podian aguantar más. Así que llegaron: « Toma, dijo el amo al criado, coge el caballo y llévalo á la cuadra. » Y ya se habia apeado y caminaba hácia el cenador, entreabrió un poco las hojas, y, en efecto, vió á su esposa, la llamó dulcemente, más no respondió. »

» Estará dormida tal vez, dijo pa-

ra sí, demos vuelta al cenador y entremos con precaucion..... Empujó la puertecilla hecha de tablas verdes, y al punto se oyó un grito de horror..... Acudieron prontamente de todas partes, y vieron á la señora con la cabeza hecha pedazos, y á la niña inundada en su sangre y en la de su madre; las dos estaban difuntas. »

» El padre se habia quedado mudo, y parecia como estúpido, la fuerza del dolor parecia haber suspendido en él las funciones de la vida; le condujeron á su lecho y murió á las pocas horas. »

» Al otro dia por la mañana se vieron llevar hácia el cementerio del pueblo vecino dos grandes atahudes y uno pequeñito que llevaban á depositar en sus nichos; inmediatamente detras iba saltando y haciendo contorsiones un jovencito sostenido por dos criados; se reia horribilmente; las órbitas le salian casi del cráneo; cantaba grotescamente, y tan pronto se callaba y desfallecido parecia que no podia andar, como se esforzaba en correr. »

» Este jóven era Victorino, que se habia vuelto loco: Victorino habia dado muerte á su madre y á su hermanita y aún á su padre. »

» La escopeta que habia cogido

en casa del guarda cuando estaba ausente, era otra cargada que aquél habia dejado en lugar de la primera, que llevó á componer á la ciudad.

»Victorino, señor, es ese loco de veinte años, que no puede oírnos desde donde está; pero que nos está observando: miradle por entre la reja.» En efecto, nos miraba, y sus miradas casi me causaban miedo.

¡Niños! ved los horribles estragos del manejo indiscreto de las armas de fuego.

J. M. B.

LAS CARICATURAS EN LAS TAPIAS.

No siempre son los progresos en la lectura, el cálculo y la escritura los que hacen juzgar de la bondad de una escuela y del mérito del profesor; hay otros términos de comparacion que son mucho más concluyentes y que deben asegurar la superioridad á tal clase que parece, sin embargo, ménos hábil. La instruccion, sin duda, es una excelente cosa, pero la buena educacion es todavía preferible. Haced el paralelo entre dos niños, uno muy adelantado en ciencia,

pero indócil, turbulento, hablando un lenguaje soez, y otro, ménos instruido quizás, pero dulce, respetuoso ante la ancianidad; con el lenguaje de la modestia, el candor y la honradez, que tan bien sientan en la infancia, y elegid en seguida la escuela donde vais á poner á vuestro hijo. Sin duda alguna preferiréis la de este último.

A los niños se les conoce también fuera del recinto de la clase. No recorren las calles del pueblo dando gritos descompasados, fatigando á los transeuntes con su turbulencia insolente, embadurnando las tapias con palabras indecorosas y dibujos grotescos. Es, sobre todo, esto último, este necio entretenimiento lo que más denota la mala educacion de una escuela, la inmoralidad de los niños y la indolencia punible del profesor.

¿Cómo se explica esa manía de los niños mal educados, de salir y de estropear cuanto tocan? Apenas terminado un edificio, cuando las últimas andamiadas se han quitado, y por consiguiente, se han podido acercar, los niños se apoderan de él. Parece que es ya de su propiedad, ó que están encargados de dar la última mano á la obra del arquitecto. Se les ve

armados de carbon, pintando sin gracia, sin talento, las caricaturas más ridículas, las palabras más innobles. Cuanto más notable es el edificio por su belleza ó por la limpieza de sus paredes, estos artistas de esquina, se esfuerzan más por llenarlos de caricaturas. No respetan ni siquiera las iglesias, y las gentes que van á rezar se ven en la necesidad de volver los ojos al acercarse al templo, porque el pudor y la piedad se escandalizan con frecuencia de las imágenes que la mano de los niños ha trazado.

EL ORIGEN DE ARLEQUIN.

Este alegre personaje, tan amigo de todos los niños, nació en una escuela. Cuéntase, que en una ciudad de Italia, llamada Bergamo, vivia un hermoso niño que se distinguia tanto por su excelente corazon, como por la vivacidad de su inteligencia. Era el consuelo de sus pobres padres que no podian hacer grandes sacrificios para su educacion; pero trabajaba con tal ardor, era tal su deseo de ponerse cuanto ántes en estado de poder ayudar á su familia, que sus maes-

tros, encantados de sus grandes disposiciones, habian consentido contarle en el número de sus discípulos, á pesar de no poder pagar el precio de sus lecciones. Este niño se llamaba Arlequin, tenia una bonita figura, gracia en toda su persona y habilidad en sus movimientos. Era querido de sus condiscípulos, aunque siempre los aventajaba, pero nunca pensaron mostrarse resentidos de su compañero que estaba siempre pronto á favorecerlos.

Habia la costumbre de dar todos los años por Carnaval un traje nuevo á los niños. Los escolares esperaban esta época con impaciencia; porque su infantil vanidad estaba satisfecha con un nuevo traje que habian esperado todo el año. El día de la distribucion de los premios era generalmente ménos deseado, porque los premios no eran más que para algunos y los vestidos nuevos eran para todos, sabios é ignorantes. Para todos no, en la escuela de Bergamo, puesto que el pobre Arlequin no debia tenerle.

Un mes ántes del mártes de Carnaval los niños se referian entre sí semejante costumbre. La tela, el color, la forma del vestido, eran juzgados y criticados, y esta gra-

ve conversacion llenaba completamente sus horas de recreo. Arlequin escuchaba y no decia palabra. «Y tú, le dijo uno de sus mejores amigos, ¿cuál es el color del vestido que te van á hacer? — No se me hace ninguno, respondió Arlequin. ¡Cómo, no! exclamaron los niños. — No, dijo él, sin aparentar sentimiento alguno por quedarse con su viejo vestido, cuesta muy caro. Mi papá no es rico, ha estado enfermo este invierno y me causaria desconsuelo hacer un gasto para mí tan inútilmente, puesto que mi traje está todavía en buen uso. Tiene algunos agujeros y tres ó cuatro manchas, pero cuando mi mamá lo haya cosido y limpiado, quedará muy bien. Esto, supongo, no impedirá que me recibais entre vosotros, ¿no es así? — Sí, sí, mi buen Arlequin, prorrumpieron todos sus compañeros de colegio.

Sin embargo, éstos se consultaron entre sí y resolvieron hablar á sus padres para vestirle de nuevo. Reuniéndose todos, el gasto no era muy grande, y los padres de los niños consintieron de buena voluntad, en procurar este placer á sus hijos. Una vez reunido cuanto habian pedido, se presentaron en la escuela radiantes de alegría para

ofrecer cada uno á su amigo su pequeña ofrenda. En su vivacidad de niños, no habian reflexionado, sin embargo, en la elegancia del regalo. Cada uno apartó un trozo de la tela con que debia vestirse, y todos eran de diferente color. ¿Cómo se habia de hacer el traje con piezas tan desemejantes? Los niños no se apercibieron de esto hasta entónces y se avergonzaron de su distraccion. — «Mis buenos amigos, dijo Arlequin, al considerar su turbacion, os aseguro que vuestra ofrenda me satisface y me causa un verdadero placer. Quiero hacerme con todo esto mi traje; para el mártes de Carnaval ha de estar hecho; todos estos colores, todas estas piezas tan desiguales, tienen para mí tanto precio cuanto más numerosas son, porque cada una de ellas representa un amigo.»

Lo hizo como lo dijo, y en Bergamo el nuevo traje alcanzó un éxito completo. Arlequin tenía talento, se puso una careta negra para hacer un contraste más palpable con su alegría, cubrió su cabeza con un sombrero de fieltro gris adornado con una coleta de conejo; se armó con un sable de madera y así recorrió toda la ciudad, saltando, bailando y dicién-

do mil chistes y agudezas. Después Arlequin dejó uno de los adornos más originales y más alegres del Carnaval, pero no olvidó que la amistad fué la inventora de todo.

LA PIEDAD FILIAL.

El fuego del monte Etna, después de haber destruido todos los obstáculos y roto todos los diques que se oponían á su paso, se esparcía un día con impetuosidad por todo el contorno. Su torrente llevaba por do quiera el terror; los plantíos de las inmediaciones, las casas, las selvas, las colinas cubiertas de verdor, todo era presa de su elemento. Apenas las llamas habían empezado á derramarse, cuando se sintió en Catania un verdadero temblor de tierra, y las llamas penetraban ya en la ciudad. Entonces cada uno, según sus fuerzas y su valor le permitían, procura librar sus más preciosos objetos: gime uno bajo la enorme carga de su dinero: otro está tan aturdido que corre á coger las armas, como si hubiera de pelear con el fuego; otro, abrumado con el peso de sus riquezas, adquiridas tal vez por sus crímenes, no

puede dar un paso, mientras que el pobre corre ligero con su miserable maletilla: en fin, cada uno huye y procura llevarse lo que más estima.

Mas no todos consiguen salvarse; el fuego devora á los más lentos en huir, y á los que una sordida avaricia retiene largo tiempo; los que creían ya haber escapado del incendio, en un momento son envueltos por las llamas, y pierden el fruto de sus penas, sus riquezas y demas despojos preciosos, que sirven de pasto á las llamas, las que, en su furor, no perdonan ni aún á los que están animados á la piedad.

Amphinome y su hermano ven á su padre y á su madre, ancianos y achacosos, que habían llegado casi arrastrando hasta el umbral de la puerta de su casa, á tiempo que ya las llamas habían prendido en ella. Los dos jóvenes corren á ellos, los toman en brazos y sienten aumentarse sus fuerzas con esta preciosa carga. ¡Oh turba avara! No te fatigues en llevarte tus tesoros; echa una mirada sobre estos dos hijos que no tienen otros que su padre y su madre. Caminan por entre las llamas, como si el fuego hubiese prometido preservarles. ¡Oh piedad, la mayor

de las virtudes y la más recomendable á los hombres! Las llamas los respetan por do quiera que dirigen sus pasos. ¡Día fausto á pesar de sus desgracias! Aunque el incendio ejercía su furor en todas partes, los dos hermanos atravesaron las llamas como en triunfo, y cargados con tan piadoso peso

llegaron sanos y salvos á paraje seguro.

Estos dos hermanos se hicieron tan célebres por esta hazaña, que Siracusa y Catania se disputan el honor de haberles dado el sér, y las dos ciudades han dedicado templos á la piedad filial en memoria del expresado suceso.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con sentimiento debemos decir á nuestros lectores que la casa de París encargada de remitirnos los figurines de LA PRIMERA EDAD, nos ha faltado tambien este mes. Por esta razon no podemos dar figurin ni viñetas de modas.

La casa de París ha percibido con la mayor puntualidad el importe de los figurines remitidos hasta el dia, y no comprendemos esta falta.

Damos los pasos necesarios para que la citada casa cumpla lo estipulado, y de todos modos indemnizaremos á nuestros suscritores en los números sucesivos, si no llegan los figurines.

Ignoramos si esta falta reconoce por causa la de haber suspendido su publicacion el periódico francés Le monde et la mode en miniature, al que pertenecian los figurines de LA PRIMERA EDAD.

Dispensen nuestros favorecedores si á última hora, no contando ya con los figurines y los grabados de modas, hemos tenido que repartir el número con otros grabados.

ANUNCIO.



LOS NIÑOS.

En el mes de Setiembre se va á repartir á los suscritores de la *Revista de educacion y recreo*, titulada *Los Niños*, el primer pliego del *Teatro de los Niños*, que contiene la preciosa embocadura, telon, concha del apuntador y batería de iluminacion.

Luégo se darán decoraciones, bastidores, figuras, etc., etc., y al cabo de algun tiempo, los niños tendrán armado un teatrillo más barato y más bonito que los que á gran precio se venden en las tiendas de juguetes.

Suscribirse á *Los Niños* en la Plaza de Matute, 2.

Un año 40 reales en Madrid y 50 en provincias.

MADRID. 1874.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(SUCESTORES DE RIVADENEYRA).